

## Babel



*Por Mercedes Valdivieso*

“Creo que no se lo voy a perdonar jamás”.

Se repitió la frase cada vez que la campanilla de cristal la llamó de vuelta al comedor.

“Si la viera el caballero...”

La primera noche que vino a comer lo atendió espléndidamente. Dispuso una buena comida y preparó acompañantes de *cocktail*. Se divirtió con la alegría de la señora y el entusiasmo con que fueron acogidos los guisos.

Ella vivía muy sola y era justo que de vez en cuando recibieran un amigo. De vez en cuando. Pero este hombre estaba llegando demasiado seguido.

Una mañana al volver de compras la sorprendió pegada al teléfono con voz estremecida. No era el tono habitual en ella. Se detuvo en el umbral al acecho del resto de la conversación.

-A las seis, ¡pero no faltes!

Estaba rogando. Porque eso era rogar. No podía tratarse de alguna amiga. La sospecha le abrió los oídos.

-No volverá a pasar, te lo prometo.

Sintió vergüenza. ¿Qué tenía que prometer con ese acento lastimero?

Para que la desagradable conversación se interrumpiera entró pisando fuerte al dormitorio. Le agradó la molestia que la hizo mantener alejado el teléfono y los ojos fijos en ella, interrogantes.

-Vengo a preguntarle qué dispone para el almuerzo.

-Tú sabes que yo nunca dispongo ni el almuerzo ni la comida.

-Deme entonces dinero, que me faltó.

-En un momento más puedes volver.

-El hombre del reparto está en la puerta.

-No tengo dinero en casa. Mañana te arreglas con el muchacho.

-Pero señora, ayer fui al Banco. ¿No se acuerda?

Estaba furiosa. Que se lo notaran al otro lado del teléfono. No era tan suave como parecía. Ella permanecería de pie frente a la cama hasta que la conversación terminara. Metió las manos debajo del delantal y se quedó a la espera.

Con voz alterada, la señora dijo al aparato:

-Te llamo en seguida.

Cuando colgó el receptor, su mirada parecía un grito de rabia. De un salto abandonó la cama y fue a esconderse al baño.

-Saca el dinero que quieras y márchate de una vez. Dejarás cerrada la puerta de mi pieza.

No había tal muchacho esperando. Ambas lo sabían. Con gesto tranquilo cogió la cartera y extrajo un par de billetes. “En seguida” volvería con el vuelto.

La ducha en el baño se oía golpear furiosamente. Rosario caminó hasta la cocina a lavar la loza del desayuno. Corría el agua entre sus dedos enrojecidos y callosos. Nunca se había de estar sola en la inmensa casa y ocupar, también el lugar de la cocinera desde la muerte de su patrón. Hacía cinco años de ese terrible día. La rabia acumulada en las últimas semanas comenzó a caer en lágrimas por sus mejillas.

“No aceptaré jamás a otro hombre en la casa del caballero. Porque será siempre la casa del caballero. Yo estaba aquí cuando llegó

la señora recién casada y él me dijo: “Rosario, ésta es la patrona. La cuidarás y respetarás, porque ella ocupa ahora el lugar de mi madre”.

Sintió que le picaban los ojos. Se los frotó con las manos mojadas. Sus mejillas quedaron llenas de gotas de agua.

El teléfono llamaba de nuevo. Subió corriendo al dormitorio, pero la puerta estaba convertida en un muro de piedra. Cerrada con llave. Temblando apoyó la cabeza en la madera. Dentro, apenas un murmullo.

No podía moverse de allí. Torpemente se secó las manos y el rostro. El reloj de pie, dio diez campanadas.

“A esta hora le entraba el vaso del leche al patrón. No me decía nada, pero yo sabía que lo estaba esperando. Se lo ponía en un rincón del escritorio y me iba despacito. A veces me demoraba en cerrar la puerta para mirarlo inclinado sobre los papeles con su chaqueta de seda gruesa y su cabeza blanca. Parecía un rey. Siempre me pareció un rey. Desde el momento que fui a servir a las casas del fundo y me recibió en la galería. Estaba soltero y era joven. Aproveché de observarlo cuando apareció la patrona y mi padre se cubrió la cara con el sombrero para hablarle, porque no se atrevía a mirarla”.

Con paso lento volvió a la cocina. No tenía deseos de hacer nada. Se sentó en un rincón con los ojos fijos en el cuadro indicador de los timbres. Ya aparecería la luz cuando ella terminara de hablar y tocara para hacerla subir.

A través de la ventana, sobre el mesón de mármol, miraba los árboles en invierno. Ya no venía el jardinero como antes, ni el chofer entraba pidiendo café. Los buenos tiempos se habían marchado.

Suspiró con la cara vuelta hacia el cuadrado. La luz no aparecía nunca. El pan estaba suelto sobre la mesa. Lo había disparado para salir corriendo al teléfono. No quiso tomar desayuno, aunque tampoco comió la noche anterior. La noche anterior ella la llamó mientras se arreglaba al espejo:

-Tengo gente a comer. Pon dos cubiertos.

-¿Dos cubiertos más?

La molestia contestó desde su boca:

-Uno más.

A las nueve apareció el hombre. Alto, bien hecho, riéndose fuerte. Hacía varias semanas que su risa sucia y animal se quedaba en la casa como una ofensa. No podía tolerarla. Parecía que se burlaba del silencio y del orden que ella seguía manteniendo después de la muerte del patrón. Ese silencio y ese orden que parecían emanar de él, como un mandato.

La risa del hombre era un insulto que la señora toleraba y aceptaba. Había entrado y dado una mirada a los antiguos muebles, a los jarrones de porcelana y a los candelabros de hierro traídos del fundo, exclamó alegremente:

-¿Hasta cuándo piensas vivir en el pasado? Deberías desprenderte de estos vejestorios y poner una casa moderna y confortable.

Y la señora se rió con él. No defendió sus recuerdos, no lo hizo callar ni salir de allí, sino que al notar que ella lo estaba mirando, dijo apresuradamente:

-¿Quieres servirnos la comida?

Sirvió llorando la comida. No le importó que el hombre la viera así. Lo miró fijamente mientras le pasaba la fuente. Él trataba de mantener una conversación divertida, pero estaba molesto. Después que se levantaron del comedor, entró muchas veces a la sala con distintos pretextos. Y tuvo que irse. Ella lo echó con su odio.

La señora se puso furiosa:

-¿Pero qué te pasa? ¿No puedes dejarme en paz?

“Dejarla en paz. En paz debería estar como antes. Como cuando las otras empleadas comentaban en el barrio todo lo seria y digna que era. Ya no se atrevía a quedarse conversando con sus conocidas, Cualquier día hablarían de la viuda de su patrón. ¿Acaso no iba a misa los domingos? ¿Acaso ella no se quedó soltera y tranquila por servir primero a la patrona y después al caballero? El padre en la confesión alababa su espíritu de obediencia y sumisión.”

La luz apareció por fin en el cuadro. Se puso de pie y la apagó. Con aire perdido caminó hacia los dormitorios. En el último peldaño de la escalera, ella la recibió con voz enronquecida de reproche:

-¿Hasta cuándo crees que voy a tolerarlo? Tienes que corregirte. Yo no estoy cometiendo ninguna falta. No eres tú quien va a juzgarme.

“Es cierto. No soy yo quien va a juzgarla. Ya la castigará Dios”.

-Si la viera el caballero.

-No te permito que hables así.

“Y pensar que la quería tanto. Nunca la trató de tú. Y cuando se vendió el fundo y él envejeció de golpe, nunca más volvió a nombrarlo para no entristecerla”.

-¿Va a almorzar en casa?

- No, iré donde mamá. Pero vendrá a buscarme a las seis. Si no he llegado, que me espere.

Se veía elegante y distinguida como siempre. No representaba sus cuarenta y cinco años. Salió colocándose los guantes, sin darle una mirada.

La siguió con los ojos a través del jardín. El frío de la tarde se metía desde afuera al delantal negro de su uniforme. Rosario permanecía de pie. Imágenes de muchos años se atropellaban dentro de ella. Allí estaba muda y sola. Muda y sola como aquel día en que se encontró frente a la enorme casa ajena y desconocida que la recibía por

la puerta de servicio. Tenía quince años, una pequeña bolsa con su ropa y el miedo a la ciudad. Hoy, después de tanto tiempo, como entonces, nada era suyo.

La puerta del escritorio estaba entreabierta. Entró despacio como antes. Los libros en los estantes. El Cristo de marfil, el mismo Cristo que estaba sobre el altar en la capilla del fundo. Antes de aprender a leer, aprendió a venerarlo.

“El patrón no se enojará desde el cielo si me siento en uno de los sillones. Estoy más cerca de él aquí, que en el cementerio cuando le pongo flores”.

Escogió el sitio más alejado del lugar en que él trabajaba.

“Es cierto que la señora lo acompañó en los malos tiempos y trataba de alegrarlo. Pero él no tenía alegría. Se le quedó allá en las viejas casas del campo, en donde lo vi por primera vez. Mis padres le tenían miedo. Yo también en un principio, sobre todo cuando le pegó a mi tío el cochero, pero tenía razón. Le daba casa y un caballo y no supo agradecerlo”.

Tenía pena. Una pena enorme que no quería llorar.

“Y la señora después de cinco años lo ha olvidado por ese hombre que se ríe fuerte y que se atreve a decir que hay que cambiar los muebles. Es mejor que él se haya muerto. Mañana consultaré al señor cura”.



La angustia era tan insoportable que pensó distraerla con algún trabajo. Trepó las escalas dificultosamente y caminó hasta el dormitorio de la señora. La ancha cama reposaba tranquila.

Puso la manos sobre la seda del cobertor.

“La cama de la vieja patrona. Aquí la vi morir. Yo estaba con las otras empleadas y el mozo de rodillas a la entrada de la pieza. En el reclinatorio de la señora, el caballero y su hermana lloraban a sollozos. Los médicos, de pie, permanecían inmóviles y el sobrino querido de ella, el señor Obispo, rezaba bajito las oraciones de los moribundos”:

La morbidez del género se le fue metiendo hasta las venas y un terror desconocido comenzó a correr por ellas. Transpiraba.

“Pensará casarse con ese hombre? ¿Dormir aquí con él...”

No se sentía bien. Hacía varios días que tenía mareos. Las piernas le temblaban; se arrodilló en la alfombra que rodeaba el lecho.

“Soy yo la que tiene que impedirlo. Las amigas de ella la reciben con el hombre, la invitan, los atienden. Hasta sus parientes más cercanos parecen estar de acuerdo. Soy yo la que tiene que impedirlo. Yo, que lo sacrifiqué todo, que dejé a mis padres por servirlos, por obedecer a Dios”.

Sentía que comenzaba a llorar. Por sus ojos se vaciaban todos los años de su niñez y juventud lejanos.

“Era una fiesta ver llegar a la patrona. Mi tío se vestía de azul para recibirla en la estación y a nosotros nos arreglaban, con los delantales

planchados y limpios. A ella le gustaba entrar por la avenida de los álamos. La esperábamos horas en las puertas de las casas y todos se ponían de pie y se descubrían cuando pasaba el coche. Y después íbamos a saludarla. Nos llamaba por nuestros nombres y se alegraba tanto con los pollos y los huevos que le llevábamos. Yo le hacía siempre ese pan amasado que nunca podía faltarle y que me enseñó mi madre. Me distinguía entre los demás, tomaba el canasto y se reía:

-¿Estará tan rico como siempre?

Sobre el tapiz, a la cabecera de la cama, la Virgen con sus brazos abiertos la miraba tristemente.

“Y después llegaba el señor Obispo con sus misiones. Algunos se escondían para no casarse, pero a todos los llamaba. Y Benjamín, el llavero, les pagaba 20 pesos por el matrimonio. Hacían cola frente a la llavería, pasaban el certificado y recibían su plata. Con la misa final terminaban las ceremonias. Los dos nietecitos menores ayudaban en el Oficio, claro que yo los pillaba, detrás del altar lleno de flores, tomándose el vino, mientras se quitaban la ropa blanca de monaguillos”.

No tenía ya deseos de hacer nada. Pensó en la loza y en los muebles por asear con absoluto desgano. Estaba muy cansada. Desde la cómoda, un retrato del patrón miraba hacia el lecho vacío.

Acercóse a la fotografía con cierto temor y se sumió en la contemplación del rostro fino, de ojos claro como el agua bajo la frente combada, que ella conoció tantos años. ¿Cuántos? Casi no lo recordaba.

De él no quedaba en esa casa más que eso y ella. Pero era suficiente. Suficiente para que nadie lo suplantara. Ya se las arreglaría para que no sucediera.

La escala le pareció interminable. Acezaba al entrar en la cocina. De la mesa cogió un pan y se sentó frente a la ventana. La señora le dijo que vendría a buscarla a las seis. La reja del jardín estaba cerrada. Sobre un gancho, al alcance de las manos, las llaves de la casa pendían de una cadena. Recordó de pronto, que el hombre tocaba siempre el timbre de la puerta de calle. Se atrevía a cruzar la reja sin aviso. Ya no volvería a hacerlo en su vida.

La rabia se comió el cansancio lanzándola al jardín. Con trémulo gesto hizo girar dos veces la llave en la cerradura.

La casa estaba a salvo. Volvió sobre sus pasos encaminándose a una de las cocheras; por allí entraba directamente a su dormitorio. Necesitaba descansar de esas noches sobresaltadas a la espera de los pasos de la señora que volvía. Últimamente casi de madrugada.

Tendida en la cama deseaba que pasaran las horas. ¿Para qué? No lo sabía con certeza. Poco a poco fue cayendo en una modorra pesada como el dolor.

Dolor que le produjo la campanilla del timbre sonando desde el repostero. De un salto estuvo de pie. Corrió a la escala. Todo en silencio. La campanilla repitió su llamada. Allí en la reja estaba el intruso. El reloj golpeaba impasible sus segundos. Dentro de ella, la sangre, el pensamiento, la ira se habían detenido. Detenido hasta que

lo tuviera enfrente. Caminó despacio hasta la puerta. Bajó al jardín y puso la llave en la cerradura.

Allí estaba.

-¿A quién busca?

A la pregunta contestó con su risa fuerte y odiosa.

-A la señora; me dijo que la esperara y adentro.

-Pierde el tiempo, salió con el otro. ¡Se burla de Ud. Como se burla de todos!

Y dio el portazo.

Usó en el golpe tanta fuerza que quedó rebotando en su cuerpo. Temblaba entera. Apenas podía tenerse de pie. El timbre permaneció mudo. Oyó como en sueños, fuertes pasos que se iban. Se iban para siempre, porque ella le impidió entrar. Los muebles, los recuerdos, la fotografía del patrón quedaban en paz. Los había salvado. La casa volvía a ser suya.

Las ventanas en la vecindad se iban cerrando a la noche. Pensó que debería hacer lo mismo y caminó a la puerta por el camino de piedra.

Corría las cortinas de la sala cuando entró la señora. La oyó subir al dormitorio, abrir el ropero y luego asomarse a la escala.

-¿Nadie ha venido?

Terminó de correr las cortinas y contestó en voz alta:

-Nadie, señora.

Y se marchó a la cocina. Ahora prepararía comida para dos personas, como antes.

Ponía orden sobre la mesa y los estantes, cuando sonó el teléfono. Pasaron unos minutos, siguieron pasando los minutos y la luz en el cuadro se encendió de golpe.

Con gesto maquinal apagó la llamada. Había que obedecer. Más tarde terminaría con su tarea. La esperaban mil reproches. Pero el intruso no volvería más. Nunca más su risa fuerte y sucia rodaría por los muebles y las alfombras.

“Que la vea por fuera. Pero aquí no se atreverá a entrar de nuevo”.

Llegaba a la escala cuando un grito enfurecido cayó desde arriba.

-¡Insolente!

La señora descendía afirmándose convulsa al pasamanos de hierro, tan pálida y desfigurada que tuvo miedo de que fuera a desmayarse. Quiso avanzar hacia ella, pero otra exclamación la detuvo como un azote:

-¡Insolente! ¡Te vas de aquí en seguida, en este instante! ¡No quiero verte más!

Rosario se quedó de pie, inmóvil.

La señora descendió hasta el vestíbulo y sobre una mesa tiró varios billetes.

-Aquí tienes el pago de un mes anticipado. ¡Y fuera!

La puerta de la sala se cerró con estrépito. El golpe quedó sonando en los recibos y retumbó en la cocina. Frente a Rosario, en el enorme living a oscuras, la noche se había comido los muebles. La misma noche que estaba acechando afuera. Caminó a su dormitorio. Sobre la mesa quedó botado el dinero de la paga de un mes.

\*\*\*

“Babel”, de Mercedes Valdivieso, fue publicado en la antología *El nuevo cuento realista chileno*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1962.



## **Mercedes Valdivieso**

Mercedes Valenzuela Álvarez (Santiago de Chile, 1 de marzo de 1924 - Ñuñoa, Santiago, 3 de agosto de 1993), más conocida como Mercedes Valdivieso (Valdivieso era el apellido de su esposo que usaba a modo de seudónimo) fue una escritora chilena perteneciente al grupo de literatas de la generación del 50 en las que también están Marta Jara, Elisa Serrana, Elena Aldunate y Matilde Ladrón de Guevara.

## **Biografía**

Cursó sus estudios secundarios en el emblemático Liceo N° 1 Javiera Carrera de Santiago.

En el año 1961 escribió *La Brecha*, considerada la primera novela feminista de Latinoamérica, la cual tuvo 5 ediciones en poco más de un

año. En *La brecha*, Mercedes Valdivieso escribe acerca de una mujer inserta en un sistema económico y social que la condena a bajar la cabeza, pero que logra la libertad y sigue creyendo en la vida y en el amor.

En 1991 participa en la irrupción del subgénero Nueva Novela Histórica (NNH) con la novela *Maldita yo entre las mujeres*. Esta novela, ambientada en la Colonia, tiene como protagonista a Catalina de los Ríos y Lisperguer, más conocida como La Quintrala y es el resultado de años de acucioso trabajo de investigación y lectura. En *Maldita yo entre las Mujeres* rompe el mito de La Quintrala como heroína maldita, impugna el valor peyorativo concedido al personaje y reivindica el mestizaje, el componente mapuche y el cuerpo materno como bases de identidad.

Otras novelas de Mercedes Valdivieso fueron: *La tierra que les di*, *Los ojos de bambú* y *Las noches y un día*.

También fundó y dirigió la revista *Adán*, publicada por la Editorial Zig-Zag en Chile y el periódico feminista *Breakthrough* en Houston, Texas, Estados Unidos, el cual recibió su nombre en honor a *La Brecha*. Fue colaboradora literaria de la revista *Mensaje* en Chile y estuvo a cargo de la sección literaria del periódico *El Sol de México* en 1976.

Fue profesora de Lengua y Literatura Latinoamericana en la Universidad de Pekín, China. Obtuvo un Master en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Houston, Texas, Estados



Unidos, y continuó su actividad académica como docente en la Universidad de Houston, en la Universidad Santo Tomás, y en Rice University donde fue distinguida con el honroso título de Profesora Eméritus.

En forma paralela a su carrera literaria y académica, participó activamente en congresos, conferencias, y encuentros relacionados con literatura femenina. En 1983 Mercedes Valdivieso dirigió el primer taller de escritura femenina en el antiguo Círculo de Estudios de la Mujer, en el que participaron muchas intelectuales reconocidas, tales como Diamela Eltit, Adriana Valdés, Eugenia Brito y Nelly Richard.

Falleció el 3 de agosto de 1993 en su casa de Máximo Bach en la Comuna de Ñuñoa, Santiago de Chile.

### **Obras publicadas**

*La Brecha* (Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1961).

*La tierra que les di* (Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1963).

*Los ojos de bambú* (Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1964).

*Babel* (1964), en Antología del cuento realista chileno.

*Dziesięc Palców* (1968).

*Las noches y un día* (Barcelona: Seix Barral, 1971).

*La brecha*, reeditada en USA (Pittsburgh: Latin-American Literary

Review Press, 1987).

*Breakthrough*. Traducida por Graciela S. Daichman (1988).

*La brecha*, reeditada en Chile (1991).

*Maldita yo entre las mujeres* (Santiago de Chile: Planeta Chilena, 1991).

\*

En:

[http://es.wikipedia.org/wiki/Mercedes\\_Valdivieso](http://es.wikipedia.org/wiki/Mercedes_Valdivieso)

## EL CUERPO COMO FUNDAMENTO LIBERADOR EN LA NARRATIVA DE MERCEDES VALDIVIESO

***Por Lucía Guerra***

Universidad de California, Irvine

En un extraño mecanismo de poder, el hecho de que a la mujer, en su rol primario de madre y esposa, se le asignara el espacio de la casa engendró una espiral de metanarrativas patriarcales que la definieron como inferior al hombre en su capacidad intelectual. Factor que justificaba que no tuviera derecho a participar en la producción cultural o las esferas del trabajo y la política. Sus opiniones consideradas “cháchara intrascendente” extendió esta espiral mutilante a nivel del lenguaje mismo mientras a su cuerpo se le impuso una severa restricción.

En la ya vasta lista de novelas que denuncian este hecho, se destacan los textos de Mercedes Valdivieso por sus planteamientos que, yendo mucho más allá de la queja y la protesta, proponen una base política y filosófica para que la mujer abandone su rol subordinado y se convierta tanto en sujeto que se pertenece a sí misma como en agente modificadora de la Historia.

La publicación de *La brecha* en 1961 tuvo un inusitado éxito editorial con cinco ediciones consecutivas en poco más de un año. Constituyó también un escándalo porque produjo una ruptura abrupta

con la generación anterior de escritoras tales como María Luisa Bombal, María Flora Yáñez y María Carolina Geel. Estas novelistas presentaban mujeres insatisfechas con la imposición de un código patriarcal a través de una escritura donde la sexualidad se elaboraba a partir de eufemismos poéticos y primaba una sentimentalidad que coincidía con el discurso adscrito a la mujer por la hegemonía masculina. Es más, las protagonistas, no obstante sus ensoñaciones eróticas, terminaban claudicando a las convenciones en una situación sin salida y relegadas a una subordinación que las mantenía fuera del devenir histórico. En *La brecha*, Mercedes Valdivieso, elige un lenguaje directo y desafiante para contar la historia de una mujer que se casa muy joven como única alternativa que le permite eludir la autoridad de su padre y tiene amantes reales no encubiertos por la niebla. Antes de separarse de su marido, se hace un aborto y luego, se incorpora exitosamente al trabajo logrando su autonomía. En los periódicos de la época, esta novela se calificó como morbosa e inmoral dentro de un contexto histórico donde la sexualidad, para la mujer burguesa, tenía como único objetivo el procrear hijos mientras el aborto y el adulterio se consideraban transgresiones merecedoras de duro castigo.

En esta trama novelesca se desarrolla, sin embargo, el proceso de una liberación que transforma a la protagonista en un sujeto que se rebela contra las imposiciones patriarcales para asumirse a sí misma en la independencia del “cuarto propio” y el “cuerpo propio”. Rompiendo los mitos y estereotipos de “lo femenino convencional” donde la mujer debe ser casta y recatada, madre sublime y una santa esposa, la

protagonista destruye los signos de la identidad asignada por el poder hegemónico para reconstituirse en la búsqueda de un sentido para su existencia. Deja de ser, así, ese “segundo sexo” que, como señalara Simone de Beauvoir, no era engendrado sólo por una dependencia económica con respecto al marido que la mantenía sino también por una dependencia existencial donde la mujer, en su posición de un otro subalterno, tenía como meta principal para su existencia, amar y ser amada. Razón de vivir que culturalmente se reforzaba a través de imaginarios producidos en la literatura y los medios de comunicación masiva.

En *La brecha*, se cancela este mito subordinador y es el cuerpo la plataforma de la liberación. En respuesta a un guión performativo de la masculinidad donde el hombre es dueño de su casa y de “su mujer” mientras las amantes son un trofeo más para su virilidad, la protagonista se apropia de este derecho para ella incursionar también en el adulterio y ante el fracaso de su matrimonio, decide hacerse un aborto inscribiendo el derecho de la mujer a decidir sobre su propio cuerpo. Rechazando toda dependencia existencial, la protagonista se asume a sí misma en una independencia que hace de ella un sujeto autónomo. (“Nadie se salva sublimándose en algo exterior, por muy amado que sea, sin haber abierto su propia verdad. Un largo camino por recorrer, pero debía recorrerlo sola”. p. 54)

De manera simbólica, las imágenes de la oscuridad en un espacio hermético son sustituidas por la luz y la libertad en ese mundo de un Afuera que ha pertenecido tradicionalmente a los hombres. Sin

embargo, es una luz sólo provisoria porque, fuera del espacio restringido de la casa, la protagonista se da cuenta que la sociedad está anclada en la injusticia y la desigualdad, en un sistema regido por una red de poderes que también relegan a la mayoría de los hombres a lugares subalternos. Se produce, así, la entrada de la protagonista a un devenir histórico donde la subordinación de la mujer es sólo una de las instancias en el vasto entretejido social que requiere de una praxis liberadora.

Estos planteamientos se adelantan, de manera señera, a los movimientos feministas iniciados en la década de los setenta en Estados Unidos y que, en Chile, recién adquieren relevancia durante los años noventa. Si el cuerpo en *La brecha* da origen a la rebelión y la autonomía existencial, en *Maldita yo entre las mujeres* (1991), Mercedes Valdivieso incorpora los planteamientos filosóficos que se centran en el cuerpo de mujer para elaborar un contratexto del sistema falocéntrico que, hasta ahora, ha organizado e interpretado el mundo.

Desde una posición que ubica a la mujer en el lugar secundario de sólo un suplemento para el sujeto masculino, nuestra cultura se funda en la instauración de un sistema religioso regido por el poder creador y la autoridad de un Dios masculino mientras la maternidad representada por la figura de la Virgen María se abstrae en lo puro, lo espiritual y lo sublime. Incorporación que se manifiesta en sus imágenes donde sólo son visibles su rostro y sus manos. En la filosofía desde una perspectiva femenina, la recuperación de la materialidad del

cuerpo materno resulta fundamental para una nueva ordenación feminizada del mundo a través de un discurso y un imaginario que desplacen los paradigmas falocéntricos planteados como la única verdad posible.

En *Maldita yo entre las mujeres*, el cuerpo de mujer se convierte en una matriz de significados con un profundo sentido político. Rescatando la vilificada figura de La Quintrala, Valdivieso la plantea como símbolo de la mujer que cuestiona y se rebela contra la autoridad patriarcal construyendo, al mismo tiempo, otro sistema a partir de una genealogía materna que funciona como base de una comunidad de mujeres muy distinta a la comunidad imaginada de la nación construida a partir de un poder hegemónico, la repartición desigual de bienes y las polarizaciones sociales. Así, el eslabón con el cuerpo materno posee una función identitaria para un Yo que rehúsa ser un otro subordinado. Catalina de los Ríos define su linaje propio parodiando la confesión religiosa al decir: “Esa soy, padre, / Hija de Llanka Curiqueo / que es hija de Elvira de Talagante / que es hija de Agueda Flores / que es hija de Catalina / que es mi madre / que soy yo”. (141-142). Desbaratando los nítidos esquemas de un árbol genealógico patriarcal basado en el principio de causa y efecto y un ordenamiento lineal del tiempo, aquí la identidad de la mujer corresponde a ese flujo no jerarquizado de lo materno en un cuerpo a cuerpo que también significa la continuidad natural en un follaje muy diferente al del árbol genealógico patriarcal que le da prioridad a la figura del padre, otorgador del nombre y el patrimonio. Aquí, el cuerpo

materno, al dar a luz, se prolonga carnalmente en sus sucesoras.

En este flujo funciona como manantial ancestral la bisabuela Elvira, cacica mapuche que, según datos históricos, rehusó casarse con el alemán Bartolomé Blumen para mantener su libertad. Elvira es el contrasello de la indígena violada por el conquistador español y como sujeto autónomo, elige ser “manceba y libre” en una sociedad dominada por “mandar de varones” (33). Su cuerpo se prolonga en todas las mujeres que dio a luz (hija, nietas, bisnietas). A ellas les transmite sus enseñanzas de rebeldía y otro modo de estar en el mundo (“mujeres somos y nos aprendemos”. p. 39) donde el parir contradice la supuesta supremacía del hombre, ya inscrita en la figura de Adán (“el parir de la mujer les está diciendo que ella fue primero”, p. 49). De manera significativa, Elvira posee los rasgos que el patriarcado ha atribuido a la perseguida figura de la bruja: tiene un vasto conocimiento de yerbas y ensalmos en una relación con la Materia muy distinta a la praxis falogocéntrica basada en la prioridad del Espíritu y la elucubración intelectual para dominar el término devaluado de la Carne (el cuerpo, la naturaleza). En un entorno hogareño femenino y alejado del Orden patriarcal, Elvira es la savia/sabia genealógica que transmite a su descendencia de mujeres el impulso de la rebeldía y la resistencia al poder del Padre (Dios, canónigos, *pater familias*).

Contradiciendo la versión oficial de la nación chilena que se plantea a sí misma como homogéneamente blanca, en Maldita yo entre las mujeres, se da relieve al elemento indígena y al mestizaje. La Tatamai, fuera del paso del tiempo y antigua compañera de Elvira, es la



que provee a la descendencia de mujeres con una memoria ancestral de ensalmos que curan y hechizan, de sahumeros y carbones encendidos en el brasero que permiten ver el pasado y el futuro. Al mismo tiempo, las relaciones amorosas de Catalina de los Ríos con Segundo a Secas y Juan Pacheco –ambos hijos de mujeres mapuches– develan el lado oculto de una nación que niega su mestizaje.

La autonomía de Catalina significa aniquilar toda traba patriarcal que des-subjetiviza a la mujer relegándola a una posición subordinada. Catalina, dueña de sí misma, elimina a su padre y tira por la ventana al Cristo de Mayo porque no quiere en su casa hombres que le pongan mala cara. Su cuerpo enlazado al cuerpo materno, es también cuerpo de mujer liberado de toda prohibición patriarcal con respecto a la sexualidad femenina. De allí que sus primeras experiencias sexuales se definan como sinónimo del placer y la plenitud. (“A toda mujer crecí en esa época de Alvaro. Entendí a la Tatamai que habla y oye los mundos que nos rodean, me volaron pájaros, me tronó el viento y se acalló la guerra [...] Aprendía a escuchar mi cuerpo que se atrevía a tanta ventura”. p. 55) Regocijo que, sin embargo, ya no está atado a una dependencia existencial con respecto al hombre. (“Ningún hombre me pondría llantos y lejanías, yo primero”. p. 61)

En nuestra sociedad, la Historia de la mujer ha estado teñida de conquistas que siempre han sido parciales. El acceso a la educación sólo logrado a fines del siglo XIX y el derecho a voto conseguido en Chile en 1949 no anularon la subordinación con respecto a una red de sistemas exclusivamente creados por la hegemonía masculina.

Contra poniéndose a esta perspectiva en la cual prima el logos y el falo como emblema de la jerarquización y el cómputo basado en la unidad, las pensadoras feministas exploran visiones alternativas basadas en la multiplicidad, los flujos indiferenciados y la maternidad como modelo de la reciprocidad y la economía del Don en contraposición a la economía falocéntrica de la Agresión y lo Propio. Así, Luce Irigaray afirma que la mujer no logrará su verdadera autonomía hasta que, desde su propia perspectiva, reorganice la interpretación del mundo creando, a la vez, una divinidad propia. (“Lo único diabólico acerca de la mujer es su carencia de una divinidad propia y es esta carencia la que la fuerza a seguir modelos que nada tienen que ver con ella”. p. 64)

Abriendo el umbral ya esbozado en la cultura popular latinoamericana y su culto a vírgenes mestizas (María Lionza en Venezuela, Guadalupe en México y Nuestra Señora del Rosario en Perú), Mercedes Valdivieso crea una madre Dios mapuche, como divinidad propia en contraposición al Dios masculino de la religión católica. (“Era lindo mirarla en su chamal de tela mapuche, los aretes pesados y el trarilonco sonante”. p. 63). La experiencia mística de Catalina en su encuentro con la madre Dios se realiza en un cuerpo a cuerpo que contrasta con la eucaristía de la tradición cristiana donde se abstrae el cuerpo y la sangre de Jesucristo en una transustanciación del pan y del vino. Aquí, por el contrario, el corazón de la madre Dios recupera el término devaluado de la Carne, como antítesis del Espíritu, para reconstituirse en fuerza original de lo ancestral e impulso iniciático para los devenires del futuro. De allí que el fuego sugiera el

fin del orden patriarcal y el comienzo de otro nuevo fuego sacro: el que desterritorializa a la mujer, el que desencadena su cuerpo para reunirse al vientre materno y dar a luz a la mujer que traspasa la conquista inmediata de sus derechos al otorgarle a su cuerpo una dimensión trascendental.

La leyenda colonial de La Quintrala fue de adrede satanizada por Benjamín Vicuña Mackenna en su libro *Los Lisperger y la Quintrala* (1877). Al caracterizar a Catalina de los Ríos como una mujer siniestra, azotadora de esclavos y cuyos amantes pasaban del lecho de la lascivia a los sótanos de la muerte, Vicuña Mackenna consolida dos aspectos importantes del proyecto liberal de nación: la eliminación del elemento indígena como signo de la barbarie que Catalina hereda de su bisabuela mapuche y la prescripción de cómo no debe ser la mujer en una nación que le ha atribuido la única función de ser casta engendradora de los futuros ciudadanos.

Para Vicuña Mackenna y la secuela de textos que se han escrito sobre La Quintrala, ella es la deformación perversa de “lo femenino”. Mercedes Valdivieso destruye el mito haciendo de Catalina de los Ríos, un nuevo modelo de mujer basado en la independencia y la autonomía, en parámetros culturales que resemantizan tanto la noción de nación como el cuerpo de mujer que deja de ser Objeto pasivo del Deseo para transformarse en la plataforma filosófica que crea un modo alternativo de situarse e interpretar el mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

Irigaray, Luce. *Sexes and genealogies*. Nueva York: Columbia University Press, 1993.

Valdivieso, Mercedes. *La brecha*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1961.

----- . *Maldita yo entre las mujeres*. Santiago: Editorial Planeta, 1991.

\*\*\*

En: Estación de la palabra:

<http://estaciondelapalabra.cl/edicion-n4/187>